



XVIII

El respeto humano **(segundo aspecto)**

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la
Misa ferial del 3 de marzo de 1876.

*Qui me negaverit coram homi-
bus, negabitur coram angelis Dei*

*A quien me negare delante de
los hombres. lo negaré yo delante
de los ángeles de Dios.
S. Lucas, c. XII, v. 9.*

QUE el Salvador del mundo haya pronunciado esta terrible amenaza, durante los días de su carrera mortal, cuando lo cercaban por todas partes las pasiones humanas; cuando estaba entenebrecida su doctrina; cuando no brillaban todavía sobre su cabeza divina los esplendores de la resurrección y de la gloria; cuando se encaminaba, en cada día y en cada hora de su vida, hacia el afrentoso patíbulo en que debía expiar los pecados del mundo; cuando, saturado de oprobios bebiendo en el torrente de las humillaciones, se estremecía en sí mismo, de pavor, en presencia de las amarguras de la pasión y de los dolores de la muerte; que entónces, repito, hubiera amenazado á sus Apóstoles, á sus discípulos, á la muchedumbre del pueblo que lo seguía por todas partes, con el desconocimiento formal de su filiación divina, con la reprobación eterna, con la clausura de las puertas de la patria celestial á

todo aquel que lo negase delante de los hombres, en ese tiempo en que todas las circunstancias que rodeaban al Salvador eran, más que otra cosa, un estímulo para venerarlo en presencia de los hombres: lo comprendo y me lo explico, mis hermanos. Esas palabras pronunciadas por un hombre, objeto del ludibrio y del oprobio en Israel, que debía experimentar en breve todas las injurias de las pasiones humanas, que había de ver traicionada cobardemente la fidelidad que le debían sus discípulos y sus Apóstoles, que había de ver castigada su inocencia y que había de ser llevado á la altura de un monte ignominioso para dar el espectáculo más triste; esas palabras pronunciadas entonces, tienen un sentido que toda razón acepta, que todo entendimiento comprende. Pero, desde el Tabor de su gloria, cuando la sangre de la redención ha santificado al mundo, cuando la cruz de Jesucristo es el símbolo de la civilización legítima, cuando el Salvador ha conquistado, no solamente las almas, comprándolas con el precio infinito de su sangre, sino también las naciones y los pueblos, fundando en ellas todas las instituciones de que se envanece el mundo; cuando la experiencia de diez y nueve siglos demuestra evidentemente que todo lo que su mano no bendice está herido de esterilidad y que la prosperidad no es compañera de los pueblos ni de los individuos, sino cuando el ángel de la redención extiende sobre ellas sus bienhechoras alas; cuando todo esto se encuentra comprobado, no solamente por la experiencia de los siglos, sino también por las más inauditas y terribles catástrofes que han acaecido al pueblo prevaricador, es verdaderamente inconcebible que el Salvador de los hombres y de la sociedad, haya de repetir también desde las alturas: "Al que me negare delante de los hombres, yo lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos".

Oh! Rey inmortal de los siglos! ¿Cómo es posible

que la fragilidad humana haya entenebrecido tanto los entendimientos que tengas tú que fulminar anatemas para los que no siguen tus banderas en el mundo? ¿Cómo es posible que la profunda debilidad del corazón humano necesite de esta amenaza de tu justicia, á saber: que las desgracias y toda suerte de infortunios pesen en el siglo presente y en el venidero sobre todos aquellos, que no están, afiliados en tu santa milicia?

Porque esa es la verdad, mis hermanos, el respeto humano que infiere tan grave ofensa á la magestad eternamente adorable de Dios, no es siquiera una fuente de felicidad y de ventura para el hombre, sino un campo estéril que solo produce, como esa tierra maldecida por Dios, espinas y abrojos, frutos infecundos para el bien, para la felicidad, para la dicha del corazón humano y atrae á sus desgraciadas víctimas la sanción de la más rematada locura y luego la ausencia de toda felicidad, de todo goce íntimo de la conciencia y del corazón. De manera que Dios venga, con su admirable sabiduría, las ignominias del mundo moral, las injurias que le infiere esa apostasía criminal de los cristianos; la venga, sembrando en el entendimiento y en el corazón de esas desgraciadas víctimas, los más amargos dolores, las más atroces penas. No sirven á Dios por temor al mundo y éste las mira sin piedad, no alaban á Dios por temor á las amenazas del mundo y encuentran en las inquietudes de su alma, en los remordimientos de su conciencia, el más terrible, pero el más justo castigo de su apostasía.

Pedid á Dios, mis hermanos, que yo no degrade, que no envilezca tan elevado asunto, sino que lo trate cual conviene á los intereses de la gloria de Dios y á la santificación de nuestras almas, y pedidsele por la mediación de la mujer más fiel, de su bendita madre. *Ave María*.

Quando se ve los funestos estragos que hace en el

mundo el respeto humano, como seca los sentimientos más nobles del corazón humano, como pretende extinguir la fe y la piedad, infundir en el corazón del hombre cierto anhelo de rebelión y de apostasía, como fascina su entendimiento para que no vea la insensatez y la locura de un crimen, que a partándolo de Dios, que haciéndole renegar de su fe, no alcanza sin embargo, la estimación y los aplausos del mundo; cuando todo esto se vé, mis hermanos, naturalmente figúrase uno que algún valor real, que alguna importancia intrínseca tendrá este ídolo del respeto humano, para que se le sacrifiquen tantos y tan valiosos intereses. Y aquí se encuentra la primera desgracia del pecador víctima de tan funesta ilusión. El respeto humano es un fantasma, que no tiene consistencia alguna, que no promete ninguna recompensa, que no hace efectiva ninguna amenaza.

En primer lugar ¿cuál es ese mundo ante el que retrocede despavorido el servidor de Jesucristo? Lo forman la ignorancia, la frivolidad, la inconstancia, los apetitos de las pasiones, el engañador atractivo del vicio, personificado en ese conjunto de extrañas y deplorables debilidades del corazón humano. Ya veis el fantasma formidable ante el cual se postran los que debieran ser el baluarte de la religión y de la fe de Jesucristo. Los que se burlan de la religión ¿son acaso los que han consumido largas y penosas vigiliassondeando los profundos abismos de la fe, escudriñando los fundamentos sólidos sobre los que reposa este edificio de la religión? Nada saben de ella y quizá y sin quizá, ni el Catecismo cristiano, que los niños aprenden en la escuela. Y sin embargo, estos, precisamente, estos y no otros son los que se burlan de la religión, los que profanan con sus blasfemias el santo Nombre de Dios, los nombres de los santos, de las cosas santas y de las ceremonias augustas de la Iglesia. ¿Son por ventura, modelos de probidad, de moral, de honradez, de

buenas costumbres? ¿Edifican á las sociedad en que viven por la habitual represión de sus pasiones, por el cumplimiento de todos sus deberes domesticos y sociales? ¡Ah ¡Cuán lejos de eso, mis hermanos! Sus crímenes escandalizan al pueblo; llenas están las crónicas de los extravíos de sus pasiones; en las tertulias privadas, como en las reuniones públicas, se les señala con el dedo, y se cuentan todos los excesos á que se han entregado en el licencioso desenfreno de sus malas pasiones; esos son, esos, y no otros los que se burlan de la religión santísima; esos los que escarnecen á los sacerdotes, profanan las cosas santas y las llaman debilidad de espíritu ¡Necios! Llamen debilidad de espíritu á la noble y generosa fortaleza con que los confesores de Jesucristo desdennan, ó más bien desprecian soberanamente, sus insolencias y sus injurias, para mantener en todo su brillo la integridad de la fe que recibieron en el bautismo. ¡Espíritus fuertes son los desgraciados, que doblan la cabeza ante el yugo del mundo! Espíritus fuertes ¡ellos! los infelices que son el juguete de sus pasiones! Espíritus fuertes ¡ellos! que lo sacrifican todo, hasta su dignidad y su honra, ante la sonrisa de un insensato! Y ¿acaso es verdad que el mundo aplaude el vicio y recompensa á sus servidores? Porque algo se ha de proponer conseguir el hombre cuando reniega de Jesucristo por complacer al mundo, pues parece increíble que el resultado de un sacrificio tan heróico, tan valioso, no sea sino lágrimas, infortunio, infelicidad y desgracia. Quizá, pues, el mundo aplaudirá el vicio, quizá cuenta con su sufragio, quizá lo premia con sus recompensas, quizá lo corona de gloria, quizá le erige santuarios ante los cuales se postre reverente para tributarle el homenaje de su adoración ¡Nada de esto, mis hermanos! Señalad cual es el vicio que merezca los aplausos del mundo. Locura grande es, pues, sacrificar el hombre el tesoro valiosísimo de su fe, de

su piedad, de su amor á Dios, de las esperanzas de su inmortalidad, de ese temor á las amenazas de la justicia divina; locura grande é insensatez es de parte de los hijos de este mundo, renegar de Jesucristo, única esperanza de felicidad y de salud para el hombre, por inmolar su propio corazón en los altares del mundo.

Aparte de eso, la religión tiene sus delicias inefables, sus suaves dulzuras. Sean testigos de esto todas las almas que las gustan silenciosamente, en el fondo de sus corazones. La paz de la conciencia, la tranquilidad del alma, el sosiego de las pasiones obedientes á la voz de la razón, el suave imperio de la voluntad divina, la dulzura de los celestiales consuelos, las esperanzas, cada momento más vivas de la vida eterna, el desasimiento de un mundo frívolo y pasajero: es este, en breve, el cuadro de las dulzuras de la piedad y de la religión. Pues el respeto humano tiene el triste secreto de triunfar de todos los atractivos de la religión y de la piedad, no siquiera, mis hermanos, para derramar en el corazón la felicidad engañosa de lo que halaga comúnmente; no siquiera ofrece el fruto emponzoñado, pero agradable á la vista y suave al paladar, de una dicha que nos fascina y nos halaga ¡Ah! El mundo, tirano cruel, déspota adusto, exige de sus servidores sacrificios heroicos, inmolaciones crueles, el culto de una adoración sin recompensa; algo más, no les engaña, no les ofrece una felicidad, que está cierto que no puede dar: sus obras están á la vista de todos; quiere ser servido, pero tiene buen cuidado de anunciar que su recompensa es la infelicidad y la desgracia; quiere ser adorado, pero dice á sus víctimas que el premio de su adoración es el infortunio, la infelicidad, la desgracia íntima del alma. Incomparablemente más pretencioso que el mismo Evangelio que el mundo tacha, dice á sus servidores: "Para seguirme, es preciso renegar de Jesucristo, es preciso sacrificarlo todo, es preciso re-

nunciar á todo". No exajero, mis hermanos, tal es la triste realidad. Seguidme en los detalles de este sacrificio terrible que el mundo exige á sus servidores, y os convenceréis y deploraréis conmigo, la debilidad é insensatez del hombre, que no solamente sacrifica todo al mundo sino que recibe como recompensa de su sacrificio, la más amarga infelicidad, pudiendo sentir entonces el pecador la profunda verdad de esta sentencia del Espíritu Santo: "Que cosa tan amarga, tan cruel y tan ingrata es haber abandonado al Señor tu Dios". Cuando el hombre falta á la ley de Dios atraído por el interés ó el halago de sus pasiones, por esa funesta seducción que le hace ver un campo de flores donde sólo hay ásperos abrojos, que ocultan el veneno que ha de corroer sus entrañas; que le hace ver en el fondo del abismo donde vá á precipitarse desgraciadamente, un paraíso de felicidad; cuando el hombre peca, seducido de esta manera, no puede tener especial perdón su crimen, es verdad, pero tiene una explicación racional. Entenebrecido su entendimiento, debilitada su razón, basta que sea poco atento á las sollicitaciones de la gracia, á los dulces llamamientos de su Dios para que al punto recobre mayor imperio en su corazón el funesto dominio del mal, se debilite más el espíritu y caiga seducido, engañado por sus fatídicas pasiones. Pero el respeto humano no lo engaña, ni lo seduce. Peca entonces sin atractivo ninguno, sin interés ninguno, sin estímulo que atenúe la infracción de la voluntad de Dios y de su ley santa, que derrame alguna gota de dulzura, en el amargo caliz de su prevaricación. Tranquilamente se presenta ante él, el respeto humano, con ninguna seducción lo halaga, con ningún cebo lo atrae, nada le promete; sin embargo, desfavorido, lleno de susto, como en presencia de un fantasma del otro mundo, no bajo el halago de una pasión seductora, sino bajo la triste impresión del pavor, cae el hombre, y con su misma caída, se atrae el tormento de su infidelidad.

Otras veces, no sólo peca sin atractivo, sin seducción y sin halago, sino que peca contra los atractivos, contra los halagos de su propio corazón, de su propia conciencia y de todas las circunstancias que le rodean. Criado en la religión, amamantado en la piedad, habiendo aprendido á pronunciar el santo nombre de Dios, aun ántes que las letras del alfabeto, instruído en las santas máximas de la religión, educado quizá, en un colegio donde le enseñaban á temer y amar á Dios, donde aprendió esas sublimes máximas de la religión cristiana, que el mundo no logrará, aun que lo intente, arrancar del fondo de su corazón. á saber: que más vale temer á Dios que á los hombres, que Dios es remunerador eterno, que las glorias de éste mundo por esplendorosas que sean son limitadas y perecen con el mundo, y que entre los escombros de su ruina se olvidarán, mientras que la grandeza de Dios es eterna, las recompensas de Dios son inmortales; que el juicio de los hombres por acertado que sea, por fundado que sea, nunca está exento de alguna fragilidad, mientras que el juicio de Dios es juicio sapientísimo lleno de verdad inmutable, que honra ó deshonra según conviene, y marca perfectamente en la frente el signo de la reprobación. De manera que todas las voces de su conciencia, todas las luces de su entendimiento, todos los sentimientos de su corazón, lo inclinan á la religión, á la virtud, á la piedad. Peca, pues, y sacrifica á Dios y á su conciencia, no solamente sin interés, sin gusto, sino contra las luces de su razón, contra el testimonio de su conciencia, contra los gritos de su alma que le dice constantemente: "No sacrifiques á tu Dios; al Dios que te acompañó en la infancia, al Dios que presidió tu cuna, al Dios que te infunde pensamientos de vida eterna. Mira, quizá en el momento siguiente se abrirá para tí el sepulcro, y ese Dios de quien tu reniegas pronunciará sobre tu cabeza culpable la terrible sentencia de la reprobación".

Entre estas inquietudes, entre estos remordimientos, el desgraciado lo ahoga todo, lo comprime todo, traiciona á Dios y adora al mundo. ¿Cómo si nó podría explicarse esa escandalosa doctrina inventada por el mundo acerca de la dignidad? Negación audaz de la doctrina proclamada por el Evangelio y sellada con la sangre del Hombre Dios en la cruz. El mundo ha establecido la cruel doctrina de sacrificar la vida y la honra, la abominable doctrina que realiza ese inaudito crimen, ó esa insensata locura es el respeto humano, verdadera fuente de estos escándalos, de estos crímenes, que estremecen el corazón humano. ¿Cómo explicar, mis hermanos, cómo explicar que un hombre, que tiene rectas ideas sobre el honor y la dignidad, que sabe que el primero es el compañero inseparable de la buena conducta, que la segunda no tiene otro fundamento sólido que la rectitud y las buenas costumbres; que está íntimamente convencido de que es mucho más grande, mucho más noble perdonar que vengarse; que sabe por otra parte que de esas ofensas que el mundo dice que deben vengarse con la sangre fraternal del hombre, de esas ofensas, la mayor parte son exageración de las pasiones, la mayor parte obra ficticia del amor propio, la mayor parte, fruto de la envidia, de la maledicencia, de las pasiones del mundo que hace creer fingidamente una ofensa que, bien examinada, redúcese á muy poco ó á nada. Todo eso lo sabe el hombre: sin embargo, vedlo enagenado, fuera de sí, inquieto, medio loco, nublada su razón, endurecido su corazón, olvidándolo todo: á Dios, á su patria, á su familia, á sus amigos, arrojando de sí, como un fantasma aterrador, el aspecto de la eternidad. Vedlo caminando con una serenidad terrible y espantosa, mientras que en el fondo de su alma lo corroe el remordimiento y lo espanta; todo tremeundo rinde adoración al mundo para que no se diga de él que no lo hace; vedlo caminar con

esa imperturbable serenidad que Satanás infunde á sus adoradores ¿Adonde? A, presentar su corazón herido ya por el remordimiento, despedazado por las inquietudes, despavorido ante los abismos de la eternidad donde vá á entrar quizá dentro de un momento, á la espada que lo derribará, le arrancará la vida y lo sepultará en el infierno. ¿Porqué todo ésto, gran Dios? ¡Ah! Para que la aprobación mentirosa de un mundo corrompido venga á servir de único sudario á ese abominable cadáver, despojo del crimen y sobre el cual pesa ya la eterna maldición de la justicia; porque cuando el hombre después de haberlo sacrificado todo, después de haberse inmolado al mundo, encuéntrase ya abandonado de Dios á quien tiene vergüenza, oscurecido por las tinieblas de una conciencia insensible, ausentes de su alma todos los consuelos divinos en castigo de la perseverancia con que siempre los rechazó, es despreciado del mundo á quien ha escandalizado con sus excesos, y que reprueba en secreto y en público todos sus extravíos: las disipaciones del juego, los excesos de los placeres, el abandono sin freno á todo género de licencias. Todo este conjunto de ruinas se amontonan inevitablemente cuando el pecador cae en esta desgraciada situación; y contemplando el miserable naufragio de su honra, de su dignidad, de su alma, de su corazón, cuando no se atreve á levantar los ojos al cielo temeroso de que un rayo terrible, lo hiera, ni tampoco á inclinarla á la tierra que parece vá á abrirsele con sus llamas y tragarlo vivo en sus entrañas, temiendo además la censuras de su mala conducta, y á concentrarse dentro de sí porque se encuentra con la más repugnante escena: con el corazón endurecido, con una conciencia insensible, ¡Ah!, en estos desgraciados momentos, una contradicción de la vida, un golpe de la fortuna viene á visitar su corazón, sin religión, sin Dios, sin fe, sin con-

ciencia, sin esperanza, lleno de remordimientos y temores, ó mas bien, sin remordimiento, sin temor para obedecer á los encontrados impulsos de mil pasiones diferentes. Entónces, se le aparece esa filosofía incrédula que lo ha seducido y le dice con una sonrisa infame: "Tú única esperanza es el sepulcro, no te valdrá, ni el Dios del cielo, ni el de la tierra" ¡No hay remedio! Entónces, tomando en una mano el puñal y en la otra el veneno le dice: "escoge", y el infeliz, el desgraciado hombre, enloquecido de furor, desgarrando su corazón con el puñal ó corroe sus entrañas con el veneno

A estos desgraciados términos conduce, mis hermanos, esa funesta pasión. Yo bien sé que no son comunes éstos ejemplos, pero he debido presentaros el último lance de la vida del hombre, cuando se abandona, cuando se echa voluntariamente en brazos de este maldito respeto humano, que apartándolo de Dios y haciéndolo servidor del mundo, no le produce sino infortunios, desgracias é infelicidad eterna, y algunas veces, para espanto de los hombres y para testimonio de la justicia de Dios, una muerte ignominiosa, la reprobación, la eterna reprobación de la justicia de Dios.

Basta, pues, considerar los daños y las desgracias irreparables, en verdad, que causa en el corazón del hombre, el respeto humano, para que nos apartemos de él, para que sepamos pisarlo altivamente y enorgullecernos de nuestra fe, de nuestra religión, de nuestro Dios. Pero, mis hermanos, aunque no fuera así, aunque la infidelidad y la desgracia no fueran sus compañeras inseparables, aunque realmente estuviera sembrado de flores el camino de las pasiones, aunque en las tiendas de los pecadores se comiera en abundancia el pan sazonado de la felicidad y se embriagara el hombre con el vino de los más deleito-

esos placeres y pudiera dormir á la sombra del árbol de la dicha, y todo fuera para él bienandanza y ventura, es el caso de exclamar en presencia del mundo: ¡Ah! Yo no quiero habitar en las tiendas de los pedacadores, ni en sus tabernáculos. Antes al contrario, como el Apóstol Pablo, salgamos, levantada la frente, altiva la mirada, la noble cabeza puesta enteramente en el cielo que es nuestra patria! ¡Salgamos del campo del mundo, llevando la bandera de Cristo Crucificado, llevando sus improperios que son la única fuente de los verdaderos placeres! Vengan en buena hora todos los sábios del mundo con sus palabras dulcísimas y suavísimas: mi corazón, inmensa é infinitamente ambicioso quiere una gloria eterna, infinita, que exceda en esplendor á todas las glorias del mundo y de los siglos. Yo quiero, por que mi corazón es infinitamente ambicioso, la gloria de poseer la patria celestial: no quiero comer mi pan, á la sombra de los sauces de la ciudad de Babilonia. Los pregoneros de Jesucristo son la verdadera gloria del cristianismo; porque la gloria de este mundo perecerá con él; y como quiero que mi gloria sea imperecedera, no quiero, nó, ser envuelto entre las ruinas de este mundo miserable; quiero que mi nombre escrito esté en el libro de la vida y que lo repitan los siglos, alabando á Dios; eso es lo que ambiciono, y porque ambiciono tanto, quiero las humillaciones, las afrentas de Jesucristo, á fin de que no diga de mí: lo "negaré delante de mi Padre que está en los cielos", sino que al contrario, deje caer de sus benditas manos, sobre mi cabeza la corona de la inmortalidad, cumpliendo la promesa que hizo el Apóstol S. Juan: "al vencedor en buena lid yo le concederé el que venga á comer en el convite de la inmortalidad el pan de la vida eterna".



XIX

El respeto humano (tercer aspecto)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral en la Misa ferial del 8 de marzo de 1876.

Qui me negaverit coram hominibus, negabitur coram Angelis Dei.

Al que me negare delante de los hombres, lo negaré yo también delante de los ángeles de Dios.

S. Lucas, c. XII, v. 9.

PARA comprender los tristes efectos y los funestos estragos que el respeto humano causa en la Iglesia de N. S. J. C. no basta, mis hermanos, haber subido al cielo para contemplar allí á la magestad divina audazmente ultrajada por la debilidad del hombre, ni haber penetrado en el fondo de la conciencia cristiana amedrentada por ese vano espectro del respeto humano; es menester, además, contemplar de cerca las heridas profundas que causa á la religión, los irreparables daños que produce á la moral pública; es necesario comprender la pavorosa profundidad del abismo que cava al pie de las sociedades cristianas, amenazando sepultarlas irremisiblemente en él.

La religión de N. S. J. C., divinamente establecida en el mundo para procurar la mayor gloria de Dios